

La leyenda de doña Blanca

El antiguo palacio de los Manlevios había sido heredado, a principios del siglo VIII, por doña Blanca, joven de singular hermosura y de una fortuna inmensa. Con estas circunstancias no hay qué decir que no le faltaban adoradores a Blanca; sin embargo, jamás había sentido latir su pecho á impulsos del amor. Sin ser fanática, era una ferviente cristiana, y su mayor placer consistía en cuidar de los adornos de la Virgen, que más tarde debía llamarse Nuestra Señora de Gracia, a la que tenía especial devoción. Por aquel tiempo, los partidarios del Islam, a quienes la infausta jornada de Guadalete había abierto las puertas de la península, estaban arruinando muchos pueblos de Cataluña, y era de temer que igual suerte sufriesen los del llano de Ausona. Esto tenía afligida constantemente á Blanca. Una mañana de Abril, mientras estaba recogiendo por los alrededores de su palacio flores silvestres para regalar a su Patrona la Virgen Santa María, vió acercarse un apuesto mancebo de unos veinte y cinco años. Vestía elegantemente, y su noble porte indicaba que descendía de una de las familias más distinguidas del país. No tardó en llegar al punto en que se encontraba Blanca.

—Señora —dijo conmovido—, perdonadme si he osado acercarme hasta vos sin anunciarme siquiera: pero hay circunstancias que pueden excusar a un joven que verdaderamente ama.

Blanca bajó los ojos, y de momento no supo qué contestar.

—Si mi presencia, continuó el desconocido, ha de seros molesta, me retiraré en seguida: pero no quiero hacerlo antes de manifestaros que hace tiempo poseéis, sin saberlo, mi corazón, que sólo por vos suspira. No ignoro el mal éxito de muchos que habrían querido poseer vuestra mano; y sin embargo, no he tenido bastante virtud para no pensar en poder obtenerla, sin antes oirlo de vuestra linda boca; porque no sé convencerme que de ella, con ser tan dulce, puedan salir palabras tan amargas para mí.

Las mejillas de Blanca se tiñeron de un hermoso rosicler que la hacía más interesante que nunca.

—Oh! —le contestó Blanca—, tenéis razón en decir que no he amado jamás; pues no he creído poder encontrar un hombre capaz de labrar mi dicha; si existiera, yo le daría mi corazón y mi vida.

—¿Y qué le exigiríais?

—Lo que no podrías darme.

—No importa; manifestadme vuestro deseo, que yo os juro conseguirlo, o morir en la demanda.

—Pues bien; que este palacio jamás sea hollado por la morisma invasora, pues prefiero morir mil veces antes que presenciar semejante profanación, a la que tampoco sobreviviría.

—Yo os lo juro —dijo el desconocido—; y si el Dios de los ejércitos y la Virgen Maria me protejen, después vendré a pedir el premio ofrecido.

Hizo una profunda reverencia y se retiró.

Arnaldo, que así se llamaba el joven desconocido, y que pertenecía a una de las familias más principales del territorio ausetano, fuese en seguida a engrosar las filas de los denodados cristianos, que en vano trataban de

detener el ejército invasor. En cada encuentro que tenían se distinguía por su heroísmo, que rayaba siempre en temeridad. Sus esfuerzos y los de sus compañeros de armas, desgraciadamente tenían que ceder casi siempre al número, de modo que no tardó mucho en ondear sobre los muros de Ausona el estandarte mahometano. Esta desgracia fue, por el momento, la sepultura de la última esperanza de los cristianos, que comprendieron la imposibilidad absoluta de recuperar el terreno perdido, ni de hacer siquiera una mediana resistencia.

Arnaldo no había logrado lo que deseaba, que era vencer o morir, pues ni había vencido, ni había podido encontrar la muerte en el combate. En el palacio de Blanca tremolaba aún el estandarte cristiano; en el centro del cual había bordado su propietaria la efigie de su excelsa Patrona, la Virgen Santa María.

Arnaldo, que no ignoraba esta circunstancia, ni había olvidado el juramento hecho a Blanca, quiso probar un último esfuerzo. Reunió a algunos de sus compañeros de armas, y con ellos se dirigió a la capilla de Santa María. Una vez allí, habloles de esta manera: «Compañeros y amigos míos: Juremos todos ante esta Virgen sin mancilla, que defenderemos su sagrada imagen hasta derramar la última gota de sangre, y que no permitiremos que la huella musulmana manche jamás el palacio de Doña Blanca, cuya propietaria tanto se esmera en cuidar de Ella».

—Lo juramos! —dijeron todos. Rezaron unos momentos ante la Virgen, y salieron del templo; pero ¡cuál no fue su sorpresa al ver a lo lejos un numeroso ejército enemigo que se dirigía hacia a ellos! Aquel ejército era capitaneado por los intrépidos Muza y Tarik. Al momento comprendieron que toda resistencia sería inútil, y sin embargo, quisieron intentarla. En menos tiempo del que se necesita para contarlos, aquel puñado de valientes se vio envuelto por sus contrarios, muriendo casi todos, pero vendiendo caras sus vidas, pues hicieron muchas bajas al enemigo. Arnaldo, con todo, no había muerto, ni había sido herido siquiera, a pesar de hallarse siempre en el punto de más peligro. Cuando vio que no le quedaba más recurso que huir, fuese corriendo al templo de Santa María, cogió a la Venerable imagen, la que entregó a uno de sus compañeros, y le dijo:

«Ve, oculta esta Nuestra Patrona; que cuando Dios esté satisfecho del castigo que envía a los españoles (1), tal vez podrá cobijarse bajo otro templo que sustituya al que ahora destruirá la morisma impía.» E inmediatamente montó a caballo y fuese a galope hasta el palacio de los Manlevios. En él encontró a Blanca arrodillada ante la Imagen del Crucificado, aguardando una muerte cercana. —Señora —dijo Arnaldo—, es preciso huir, y que yo cumpla mi palabra; juré que la morisma no pisaría este palacio, y vais a ver como no lo pisará. Y cogiendo a la joven de la mano, la sacó del edificio, luego pegó fuego a él, y, montando a caballo con Blanca, intentó la huida. Los pasos estaban cerrados por el ejército invasor, y sólo era posible la salvación atravesando el Ter, que mugía a los pies del palacio, como lamentando el no poder levantar sus aguas para apagar aquellas llamas que debían reducir a pavesa al histórico monumento. Volando se dirigió Arnaldo al río con su hermosa compañera, pero, al estar en medio de él, una flecha disparada por el enemigo, dejó exánime al

caballo, y Arnaldo y Blanca fueron arrastrados por las aguas, en las que hallaron ambos su sepultura.

Aquel palacio no volvió a levantarse; pero recobradas sus tierras, años después, por los sucesores de Blanca, se cedió la parte de ellas que constituyen el cerro en que posteriormente se edificó el Castillo de Manlleu, y conocemos hoy por *Castellot*, a la Virgen Santa María, para que perpetuamente se fuera a rezar allí un Responso por el alma de su antigua propietaria, responso que aún se reza, en el mismo lugar, todos los años, el lunes que precede a la Ascensión del Señor, que se supone fue el día en que ocurrió lo que acabamos de narrar.

Tal es la tradición que no nos ha sido dable comprobar en los archivos y bibliotecas que hemos visitado, pero que, a falta de mejores noticias históricas, hemos querido dejar apuntada.

(1) P. Amado.

Domingo Torrent i Garriga, *Manlleu, croquis para su historia*, Ramon Anglada, Vic, 1893, p.25-29.